

# *Identidades nacionales y estados plurinacionales: una perspectiva psicosociológica*

JOSÉ R. TORREGROSA Y SAGRARIO RAMÍREZ

Universidad Complutense

## **1. LA IDENTIDAD NACIONAL Y EL NACIONALISMO EN LOS DISTINTOS ENFOQUES**

Los conceptos de identidad nacional y de nacionalismo se refieren a dos fenómenos distintos. Así, en los estudios clásicos sobre esta materia solemos encontrar a menudo la diferenciación entre la dimensión subjetiva, simbólica, colectivamente compartida de la nación (identidad nacional), y su expresión política (nacionalismo).

Sin embargo, y pese a la utilidad de esta distinción para el extenso enfoque sociohistórico del análisis del nacionalismo, la vinculación entre la dimensión psicosociológica y la dimensión socioestructural del nacionalismo es probablemente mayor de lo que la bibliografía al uso ha dejado entrever hasta tiempos recientes.

Tradicionalmente, la historia, la sociología y la ciencia política han tendido a destacar los elementos estructurales de la nación. Desde este punto de vista, sobre el que no nos extenderemos por ser de sobra conocido, la identidad nacional se configura en torno a aspectos como el uso de una lengua común normalizada o en expectativa de normalización, el asentamiento real o la fijación simbólica en un territorio claramente delimitado por fronteras, la existencia de una comunidad de intereses económicos, sociales y políticos que hagan viable el proyecto común, la especificidad racial, la etnicidad, un bagaje de acontecimientos, hitos, y personajes históricos de referencia, un pasado común ancestralmente sustentado, y/o legitimización estatal de facto, pretensión de la mismo o, en cualquier caso, ideologización de la etnicidad.

La complejidad del marco internacional a la que la historia reciente está dando lugar, con la aparición de fenómenos contradictorios como la uniformización creciente, por un lado, y la reivindicación de la diversidad, por

otro, se refleja en las diferentes perspectivas de estudio sobre el nacionalismo. Así, por ejemplo, desde el mismo enfoque sociohistórico comienzan a adoptarse nuevos planteamientos, asistiéndose a una reconsideración de los relegados aspectos subjetivos. Cuestiones como el sentimiento de pertenencia nacional, las bases motivacionales del nacionalismo, la importancia de la distinción entre referencia y pertenencia nacionales aparecen de forma más o menos explícita en los análisis realizados por historiadores, politólogos y, sobre todo, sociólogos. Y, paralelamente, perspectivas no estructurales, hasta hace poco marginales y escasamente relevantes comienzan a emerger con fuerza en el campo interdisciplinar del estudio del nacionalismo. Este es el caso de la psicología social y de la antropología.

Desde la psicología social, hablar del nacionalismo significa hacerlo, en primer lugar, de identidad nacional, ya que pocos temas existen tan específicamente psicobiológicos como éste. Esto implica considerar la nación como un marco experiencial, orientativo, de referencia, a partir del cual el individuo es reconocido, y se reconoce y se siente a sí mismo, como miembro de una colectividad distintiva y como no-miembro de otras. Por tanto, se inserta, desde su subjetividad personal, en una subjetividad de grupo socialmente compartida, dando sentido, al mismo tiempo, a su realidad personal y social. Desde este planteamiento, los aspectos subjetivos de la identidad nacional (sentimiento de pertenencia, conciencia nacional, «volksgeist») adquieren una cierta objetivación, puesto que llegan a tener un carácter socialmente compartido y, en cierto modo, externo al individuo. Y los aspectos objetivos (territorio, historia, lengua, cultura, raza, legitimación estatal...), por su parte, se convierten en significativos desde el punto de vista de la identidad nacional en la medida en que pasan, con éxito, por el filtro de la subjetividad individual y grupal.

Pero, además, la potencial contribución de la psicología social al estudio del nacionalismo supone, en segundo lugar, una definición alternativa o complementaria de conceptos nucleares, como el propio concepto de nacionalismo, que, desde nuestra perspectiva, aparece estrechísimamente vinculado al de identidad nacional. El trabajo de Mc Dougall (1920) supone —aparte de su excepcionalidad y de su inexplicable olvido— un ejemplo paradigmático de lo que la psicología social puede aportar. Si, como decíamos al principio, ha predominado la consideración del nacionalismo como ideología política o, a lo sumo, como expresión política de la identidad nacional, consideramos que, a la vista de la realidad social, es posible, además, hablar del nacionalismo como sentimiento. En este sentido, el análisis motivacional del nacionalismo concebiría éste como un fenómeno no sólo político sino afectivo.

Desde la psicología social, el nacionalismo es susceptible de ser analizado como una forma de psicología colectiva que sitúa la conciencia individual en una estructura de afectos más amplia, entendiendo lo afectivo globalmente. El sentimiento nacionalista, que se refleja en la autoadscripción y en el sentimiento de pertenencia nacional, implica, como actitud inclusiva, la presencia

de bases motivacionales y de esquemas perceptuales de apoyo. En resumen, el sentimiento nacionalista incluye afecto y cognición, tiene un correlato conativo en los actos nacionalistas, y pasa por el filtro de la instrumentalidad (Torregrosa y Ramírez, en prensa).

Este enfoque psicosociológico de la identidad nacional y del nacionalismo como sentimiento es especialmente oportuno, a nuestro juicio, para el análisis de la situación de los estados plurinacionales, en los que la existencia de varios marcos de pertenencia, a veces superpuestos, lleva al sujeto a una complejidad de elección que le obliga a sopesar diferencialmente y a integrar coherentemente a sujetos en grupos nacionales distintos. Esta complejidad es aún mayor cuando el juego de las identidades nacionales se lleva a cabo entre grupos cuya identidad nacional se vive como un problema no resuelto, y cuyas relaciones intergrupales, por tanto, se ven abocadas al conflicto. En las siguientes líneas trataremos de describir, someramente, el problema de las identidades nacionales en el marco pluri y supranacional español desde este enfoque psicosociológico propuesto.

## **II. DE LA TEORIA ORTODOXA DEL ESTADO-NACION A LA REALIDAD DE LOS ESTADOS PLURINACIONALES**

Según la teoría nacionalista ortodoxa, el Estado-nación es la organización política capaz de defender mejor los intereses de la población perteneciente a una nación. Delimita el territorio, fomenta el uso de la lengua propia nombrándola oficial, posee instituciones para ejercitar la soberanía, define los derechos del nacionalizado, etc. En definitiva, como señala Smith (1971, 27), el Estado-nación es la norma de la organización política contemporánea.

Desde nuestra perspectiva psicosociológica, el Estado-nación es una de las principales fuentes de dignidad personal en la sociedad contemporánea (Kelman, 1983). Es un marco de referencia fundamental para la construcción de identidad social ya que proporciona al sujeto una residencia simbólica y trascendente de su sí mismo, diferenciadora de otros sujetos y grupos nacionales, e integradora del individuo en ese ámbito estatal compartido con los demás miembros del grupo (Torregrosa, 1983). El Estado-nación es, pues, un elemento clave para la construcción de identidad en nuestros días, que opera con los principios básicos de inclusión-exclusión, tanto a nivel psicológico como a nivel jurídico.

Desde el punto de vista psicológico, la legitimación estatal de la pertenencia nacional del sujeto proporciona a éste un marco cognitivo, evaluativo y emocional de referencia estable a partir del cual percibir, comparar y sentirse a sí mismo y a los otros. Desde el punto de vista jurídico, el Estado-nación convierte al sujeto en ciudadano. La ciudadanía *imprime carácter*, asignando derechos y status dentro y fuera de las fronteras estatales. Todos sabemos que no es lo mismo ser ciudadano español, colombiano o norteamericano ni en

España, ni en Colombia, ni en Estados Unidos. Pero ésta es una cuestión que escapa de la teoría nacionalista ortodoxa, según la cual todos los actores nacionales son iguales, ya que, en fin, unos son más *iguales* que otros.

Los principios psicológicos y jurídicos del estado-nación arriba mencionados se refieren, como hemos indicado, a la teoría ortodoxa del nacionalismo. La realidad indica, sin embargo, que no siempre los estados han surgido a partir de la existencia de una nación («nación cultural» —De Blas 1984— o grupo étnico). El mapa político internacional presenta numerosos casos de naciones partidas, con fronteras que las dividen en dos o más estados. Las naciones vasca, catalana, irlandesa, lapona, eslovena, palestina o, hasta tiempos recientes, la alemana son algunas muestras de esta situación. Y también, por otra parte, existen estados plurinacionales emergidos, algunas veces, de un acuerdo entre naciones para construir un marco supranacional común (caso del federalismo), o, en otras muchas ocasiones, de la expansión ofensiva de una nación sobre las demás. Este último caso es bastante frecuente. Francia, Reino Unido, Bélgica y España son algunos modelos significativos europeos, como Canadá en América, Israel o Líbano en Asia, o Sudáfrica en África, por citar sólo unos pocos ejemplos.

Por tanto, el ideal nacionalista del Estado-nación no se cumple ni en las naciones pluriestatales ni en los estados plurinacionales. Centrándonos en el segundo caso, nuestra preocupación girará en torno a las siguientes preguntas: ¿Puede un estado plurinacional ser fuente de dignidad humana en el sentido arriba expresado? ¿Por qué? ¿De qué depende? ¿Bajo qué circunstancias?

Como quiera que, dada la complejidad empírica del nacionalismo, es sumamente arriesgado elaborar teorías generales del mismo, nos centraremos en el caso del Estado español. Esta referencia a un marco concreto no obsta, sin embargo, a nuestro juicio, para que algunas de las líneas teóricas generales que apuntaremos puedan aplicarse en otros casos parecidos con las debidas matizaciones en términos de contexto político, histórico, social y cultural.

### **III. EL COMPLEJO JUEGO DE LAS IDENTIDADES NACIONALES EN LOS ESTADOS PLURINACIONALES: APUNTES SOBRE EL CASO ESPAÑOL**

#### **III.1. Breve repaso histórico**

La historia del Estado español es una historia problemática en la que la cuestión de la identidad nacional se constituye en problema endémico. Desde el siglo XV, en que comienza el largo proceso de gestación del Estado-nación (primero multiétnico, después plurinacional) actualmente vigente, se vendrán sucediendo acontecimientos y conflictos en relación con la construcción de este Estado (con vocación mononacional) y las aspiraciones nacionalistas



de algunos grupos étnicos, posteriormente configurados como naciones, con los cuales el proyecto global aparece como incompatible.

El territorio peninsular contiene desde tiempo inmemorial numerosos y variados pueblos. En la Edad Media, se componía de los reinos de Asturias y León (unidos luego), Galicia (incorporada pronto a los anteriores), Castilla (posteriormente fusionada con León), Navarra, Aragón, Cataluña (unida pronto a Aragón), Valencia y Mallorca (tempranamente incorporados a Aragón), Alava y Guipúzcoa (unidas después a Castilla), Vizcaya (con el mismo proceso que las anteriores) y el Califato.

La unidad política de estos reinos comienza a fraguarse, en el siglo XV, bajo la forma de unión personal de los reyes de Castilla y Aragón. Las diferencias entre ambos reinos eran, entonces, de diversa índole, y siempre a favor de Castilla. Así, frente a la recesión demográfica de Aragón como secuela de las epidemias de los ss. XIV y XV, Castilla incrementó notablemente sus recursos poblacionales en los siglos XV y XVI, con la anexión de territorios tras la Reconquista (especialmente Andalucía, antes perteneciente al Califato). Por otra parte, de la Corona de Aragón sólo Valencia podía compararse a las grandes ciudades castellanas.

La unión política era, como señala Domínguez Ortiz (1973, 39), más exterior que interna (la Inquisición era la única institución común), por lo que, para los extranjeros, la consideración del conjunto de pueblos peninsulares como un todo fue temprana (en el Concilio de Basilea aparece la referencia a la Nación Hispana). Ya anteriormente, según la teoría de P. Aebischer citada por Américo Castro (1954, 18), los occitanos utilizaban el vocablo «español» para referirse a los habitantes de la «zona de moros» (sic) allende los Pirineos.

Así pues, aunque la referencia exogrupal a España es más temprana que la propia conciencia interna, y aunque la unidad administrativa interna fue lenta y no comenzó a realizarse estrictamente hasta la llegada de los Borbones en el siglo XVIII, esto no obsta, según Domínguez Ortiz (ut sup.), para considerar que la convicción de participar en un proyecto común fuese anterior, si bien cada pueblo conservó su propia personalidad y leyes que la protegían. Portugal, en confrontación permanente con Castilla y tras la anexión en tiempos de Felipe II, consiguió su independencia en 1640, lo que no logró Cataluña en esas mismas fechas, aunque mantuvo su especificidad jurídico-política y su carácter de virreinato. Navarra, junto con la ahora francesa Baja Navarra, fue reino independiente hasta el siglo XVI, en que se produjo la conquista del territorio surpirenaico por la Corona de Castilla. Refugiado el rey navarro en el Norte, la Navarra pensinsular conservó sus fueros y un virrey. En cuanto a Vascongadas, el Señorío de Vizcaya se incorporó al reino de Castilla en el siglo XVII, conservando, como Navarra, sus fueros.

Los Borbones, por medio de los llamados «decretos de nueva planta» impusieron la organización político-administrativa de Castilla a los territorios de la antigua Corona de Aragón. Al implantar dicho sistema político-

administrativo en Valencia en 1707, en Aragón en 1711, en Mallorca en 1715, y en Cataluña en 1716, el Estado español quedó constituido con una estructura político-administrativa de carácter uniforme (Anes 1975, 296). En adelante, sólo las Vascongadas y Navarra conservarían su régimen autónomo, hasta el siglo XIX, en que el centralismo borbónico recorta los fueros.

Para comprender la situación del actual estado plurinacional políticamente configurado como Estado-nación y como nación-Estado es necesario referirse, siquiera sea superficialmente, al problema de España o de la construcción histórica de la españolidad. Para ello es oportuno remontarse a la Ilustración, a finales de siglo XVIII, en que intelectuales y políticos comenzaron en España, al igual que en otras partes de Europa, a articular discursos nacionalistas propiamente dichos. Con otras palabras, a modelar proyectos nacionales.

Conviene señalar que los nacionalismos vasco y catalán encontraron un marco de desarrollo propicio en la industrialización de sus respectivos países y en la emergencia de una burguesía autóctona, además de contar, por otro lado, con una sólida identidad nacional (o, más propiamente, étnica) compartida por gran parte de la población, y basada en elementos objetivos como la lengua, la territorialidad histórica, instituciones propias, las costumbres, la historia y, en el caso vasco, incluso, la raza. Por tanto, estos nacionalismos tenían a su favor la coyuntura histórica de reunir las condiciones objetivas marcadas por la ideología nacionalista decimonónica, esto es, la existencia de una «nación cultural» (De Blas, 1984) sobre la que legitimar sus pretensiones políticas, además de encontrar un caldo de cultivo propicio en el contexto general de la «crisis del Estado-nación español a partir del desastre de 1898», como ha señalado Antonio Elorza (1988, 193), y en el rechazo de la homogeneización cultural sobre el molde castellano (Ibid.). A diferencia de los nacionalismos vasco y catalán, otros proyectos nacionalistas como el gallego, el andaluz y, más recientemente, el canario, no han tenido la misma fuerza política, en parte porque su estructura y desarrollo económicos no fueron comparables a aquéllos.

Por el contrario, la oportunidad histórica de articular políticamente el discurso nacionalista español coincide con un momento de crisis de la identidad nacional (etnohistórica) coadyuvada por la poco alentadora realidad de una profunda bancarrota económica. La configuración estatal llevada a cabo por los Borbones carece a todas luces de la base cultural (nacional) imprescindible desde la teoría ortodoxa del Estado-nación. En palabras de Artola (1988, 93), la recepción de la idea romántica del Estado-nación se producirá en España en un momento de negación de la identidad nacional, planteándose entonces el problema de la supervivencia del Estado unitario. Quienes apuestan por la opción nacionalista española se encuentran con un bagaje predominantemente militar —una nacionalidad fundada en «accidentes políticos»: Johnson (1919); una nación cuya crisis de partida «sirve de apoyo a la consolidación de ideologías arcaizantes (desde la noción Hispanidad al

pensamiento militarista del general Franco)»: Elorza (1988, 196)—, con la decadencia de un pasado imperial que se ha prolongado más allá de sus posibilidades históricas reales, con graves problemas infraestructurales para dar el salto del Antiguo Régimen al capitalismo industrial, y, en suma, con un proyecto nacional sin continuidad en el pasado y poco esperanzador con respecto al futuro. Como ha señalado Elorza (1988, 196), la crisis del 98 pone en tela de juicio la propia existencia de España. Nos encontramos, en definitiva, con un proyecto nacional basado en la expansión de un grupo étnico o «nación cultural» española en crisis, con una identidad denigrada por circunstancias históricas desfavorables, en conflicto con las aspiraciones de otros nacionalismos fundados en naciones culturales, económica, social y políticamente emergentes. En este contexto, el nacionalismo español trata de imponerse con las medidas educativas (obligatoriedad escolar y difusión del idioma castellano) y administrativas (limitaciones a las prerrogativas forales que el Antiguo Régimen otorgaba al País Vasco y Cataluña) propias de los «nacionalismos políticos» (De Blas 1984 y 1989).

Resumiendo, la «era del nacionalismo» sorprende a una España en la que coexisten territorialmente naciones sin estado a las que se superpone, políticamente, un Estado plurinacional con pretensiones de Estado-nación, pero sin una base de suficiente integración social, política y económica, e incapaz de actuar en paralelo con los restantes colonialismos europeos «exitosos» (Smith, 1971).

En este contexto, los discursos nacionalistas españoles surgen con la pretensión de construir la necesaria españolidad para que el proyecto estatal se desarrolle exitosamente. Dejando al margen el plano discursivo de las arengas militares, rémora de un pasado de conquistas, comienzan a aparecer interpretaciones históricas sobre la idea de España tendentes a demostrar la existencia de esa «nación cultural» que sirva de base legítima a la «nación política», esto es, que connote positivamente, emocional y socialmente, a ese Estado que reivindica para sí el título de nación (Artola, 1988, 93). Así, como reacción contra el sentimiento anticastellano de los otros nacionalistas, los regeneracionistas españoles, de Joaquín Costa a Machado y Unamuno hasta, en tiempos recientes, el propio Tierno Galván, reivindican una sensibilidad castellana ajena a la etiqueta imperial. Otros, como Azaña, critican la España monárquica y feudal desde postulados republicanos, y, además de defender la unidad en la diversidad, liberan a Castilla de toda responsabilidad imperialista. Desde Portugal, sobre todo, surge una corriente iberista que intenta rescatar el pasado común pensinular. No faltan, por último, quienes debatirán durante largos años sobre el origen de la españolidad cultural o el espíritu nacional español (Menéndez Pidal 1947, Américo Castro 1954 y 1965, Sánchez Albornoz 1956, Maravall 1964, Marías 1985, etc.).

Entre unos y otros nacionalismos, la opción federalista propuesta por algunos catalanes (Pi i Margall —traductor al castellano de Proudhon—, Rovira i Virgili, Prats i Catalá) no pudo llevarse a cabo por varias razones. Entre

otras, por la desigual conciencia nacionalista de los pueblos y naciones, su diferente grado de desarrollo social, económico y cultural, y, por supuesto, por ser incompatible con las pretensiones de Estado-nación del proyecto español.

Las aspiraciones nacionales del País Vasco, Cataluña y Galicia, a las que la actual Constitución califica como «nacionalidades históricas», quedaron configuradas políticamente en el siglo XIX, con la expansión de la ideología nacionalista por Europa. Durante la II República Española, estas aspiraciones se cumplieron en parte en Cataluña y Euskadi (ésta, finalmente, sin Navarra, aunque el proyecto de 1931 había contemplado la totalidad del territorio histórico vasco pensinsular), para quienes fueron promulgados sendos Estatutos de Autonomía que entraron en vigor. Quedó en proyecto el Estatuto para Galicia.

Este proceso fue interrumpido por la guerra civil y el régimen franquista. La guerra civil (1936-39) puso de manifiesto, además de profundas discrepancias estructurales, el conflicto nacionalista. La solución militar impuesta por Franco («Una, Grande y Libre») supuso un paréntesis en el debate público sobre la cuestión nacional, retomado políticamente al comienzo de la transición, y solventado constitucionalmente con la contradictoria opción del Estado-nación autonómico.

Actualmente, el Estado español se compone de diecisiete comunidades autónomas, en las cuales predominan sentimientos nacionalistas españoles o específicos como resultado de los complejos y paradójicos avatares históricos de los siglos precedentes. No se trata de un Estado federal, como dejan bien claro varios artículos de la Constitución: el segundo, con su referencia a la «indisoluble unidad de la Nación Española, patria común e indivisible de todos los españoles»; el tercero, sobre la oficialidad estatal del idioma castellano y la obligatoriedad de su uso, y el octavo, acerca de la misión de las Fuerzas Armadas de defender la integridad territorial de España.

La Constitución, pues, se basa en un modelo de Nación-Estado que no se corresponde con el sentir de un número no despreciable de habitantes de lo que en la Carta Magna se denominan «nacionalidades y regiones». El criterio que se siguió para asignar uno u otro rótulo fue doble, como nos recuerda Prats i Catalá (1985) en un esclarecedor análisis jurídico-político de la legislación autonómica. Por una parte, son *nacionalidades históricas* aquellos territorios con antecedentes autonómicos (Cataluña, Euskadi, Galicia), en virtud de los cuales se les concede una cierta prioridad temporal y mayores competencias (art. 143). Este último extremo ha sido matizado posteriormente, ya que, de todas formas, se prevé la equiparación competencial a medio y largo plazo entre todas las autonomías. Pero, por otra parte, la Constitución deja al arbitrio de los Estatutos de Autonomía de elección de la nomenclatura «nacionalidad» o «región» para cada caso. Según esto, se autodefinieron como *nacionalidades* las Comunidades Autónomas Vasca, Catalana, Gallega y Andaluza. Resumiendo, y combinando los dos criterios reseñados, el Estado

español se compone actualmente de tres *nacionalidades históricas* (Cataluña, Euskadi, Galicia), una *nacionalidad* (Andalucía) y trece *regiones* (Asturias, Castilla-La Mancha, Castilla-León, Madrid, Extremadura, Valencia, Aragón, Murcia, La Rioja, Canarias, Baleares, Navarra, y Cantabria).

### **III.2. Hacia una interpretación psicosociológica**

Desde que la ideología nacionalista se expandió por Europa, e independiente de la opción nacionalista «exitosa» española, numerosos intelectuales españoles han venido poniendo de manifiesto el «provincialismo», el «secesionismo» (Balmes, 1884), la «invertebración» de España, el auge de los «particularismos» (Ortega y Gasset, 1919 y 1922), el «conjunto de patrias» (Gregorio Marañón, 1936), etc. Muy recientemente, Silver (1988) ha vuelto a rescatar esta idea orteguiana de invertebración, aunque desde planteamientos críticos con Ortega, de la que el persistente nacionalismo vasco de izquierdas es viva prueba.

Independientemente de la opción nacionalista que se tome, nos encontramos con una situación plurinacional objetiva, por una parte, y con grandes dificultades para la formación de una identidad mononacional-estatal, por otra.

Lo primero se refleja en los resultados electorales vascos y catalanes, con un porcentaje mayoritario de votos para las opciones nacionalistas de CIU y PNV, sin olvidar el no desdeñable y firme apoyo a HB en todas las consultas electorales desde 1977. Los datos de autoadscripción de las encuestas del CIS (1976, 1979) corroboran estas tendencias. Así, en 1976, el 73% de los vascos, el 86% de los gallegos, el 81% de los canarios y el 70% de los catalanes se consideran ante todo vascos, gallegos, canarios y catalanes, y en 1979 estos porcentajes se mantienen, con algunas variaciones, con el 67%, el 87%, el 95% y el 81%, respectivamente. Todos estos porcentajes se refieren a la autoadscripción intraestatal, y son similares a los arrojados por asturianos, extremeños, aragoneses y madrileños. Más significativos son los resultados cuando la autoadscripción se hace estando hipotéticamente en el extranjero: en este caso, se encuentran porcentajes próximos o superiores al 50% de la población en las autoadscripciones de los vascos (49% en 1976, 54% en 1979), gallegos (56% en 1976, 50% en 1979) y canarios (50% en 1976, 46% en 1979), que siguen definiéndose preferentemente como tales respecto a otras posibilidades (estado, provincia, comarca). Estos datos de autoadscripción nacional no-española se vienen repitiendo en otras muchas investigaciones posteriores en Cataluña y País Vasco, en el caso de la autoadscripción intraestatal, y en el País Vasco, en cualquier caso (vide Jiménez Blanco, 1979). Más allá de la autodescripción, otros trabajos han puesto de manifiesto la consideración de lo español como exogrupo para los vascos (Ros, Cano, Huici 1988, y Ros 1989). Por último, los trabajos sobre actitudes, percepción

y estereotipos nacional/regionales en España demuestran la existencia de modelos cognitivos y motivacionales diferenciales de identidades (y/o subidentidades) (Pinillos 1960a y 1969b, Sangrador 1981, etc.).

Los problemas para la formación de una identidad nacional estatal, reflejados en el debate sobre qué es España de los eruditos, encuentran un correlato popular en la incertidumbre que, en el plano de la experiencia colectiva, ha suscitado la idea de España. El planteamiento etnocéntrico de Taylor y Jaggi (1974) (tendencia a percibir positivamente al endogrupo y negativamente a los exogrupos) difícilmente puede aplicarse cuando se comparten creencias autodenigrantes como la leyenda negra, se accede a la ideología nacionalista en un momento de decadencia socioeconómica y de crisis de la identidad nacional, y los problemas de integración (supra)nacional se ponen de relieve en una guerra civil. Por otra parte, como pone de manifiesto Pérez-Agote (1984, 1987, 1989), la opción exitosa española lo es en la medida en que, weberianamente, reclama para sí con éxito el monopolio de la violencia legítima, lo que no implica que la propuesta territorial que el Estado defiende exitosamente sea considerada legítima por todos sus miembros.

Desde planteamientos estrictamente psicosociológicos, las dificultades de integración psicológica en un estado plurinacional son de diversa índole. En primer lugar, una estructura plurinacional es una red de identidades colectivas diversas. Desde el punto de vista cognitivo, hacer compatible la identificación con el conjunto de naciones que componen el Estado requiere una serie de aprendizajes sociopolíticos de una gran complejidad, y que difícilmente pueden concluirse en el transcurso de una generación. No en vano, siguiendo a Tajfel (1981), no podemos olvidar que la identidad del endogrupo procede de la comparación —y la diferenciación— con los exogrupos circundantes.

De lo anteriormente expuesto se deduce la enorme dificultad que reviste la valoración positiva de todos. El nacionalismo, como señalábamos más arriba, no sólo es la expresión política de la identidad nacional sino también un sentimiento excluyente de autoafirmación grupal. El sentimiento nacionalista surge cuando la identidad nacional se ve amenazada o agredida. En este contexto, valorar positivamente a grupos que, se siente, y/o percibe, ponen en peligro la propia identidad nacional es psicológicamente inviable, salvo riesgo de caer en situaciones paradójicas.

Las dificultades descritas son coadyuvantes por la inadecuación entre estructura psicológica (identidad-es nacional-es) y estructura políticoformal (un nacionalismo «exitoso», el español, sobre otros nacionalismos «fracasados» —el catalán y el vasco—). El modelo de Estado-nación de la Constitución española de 1978 no parece responder plenamente a las aspiraciones de sectores nacionalistas «periféricos no-estatales», y, hasta el momento, no ha logrado un referente de integración aceptada que disipe a corto plazo las ambigüedades y amagos centrífugos de esos nacionalismos. En términos de identidad, ante la existencia de varios círculos de identificación, la cuestión



nacional se planteará como un problema en la medida en que dos de esos «círculos de identidad» se presenten como contradictorios (Mercadé, 1985, 35). Esto es especialmente cierto en el caso del conflicto hispano-vasco, puesto que existen sectores de la población vasca que abogan por la estatalización (y, sobre todo, por el derecho a la autodeterminación) de su nación. Ser vasco significa, pues, desde la perspectiva ortodoxa del Estado-nación, oponerse a ser español. Y ser español significa renunciar a ser vasco. Con los correlatos sentimentales, cognitivos y evaluativos pertinentes.

El concepto de *grupo de referencia*, aplicado a lo nacional, puede sernos útil en este punto (Urkola 1984). Especialmente, si consideramos, con Smith (1971, 28), que en las sociedades contemporáneas las lealtades personales y grupales están divididas, las motivaciones se basan en consideraciones diversas y, en cualquier caso, existe una amplia opción en lo que se refiere a qué nación se considera como verdadera. En una situación de diversidad nacional, como la planteada por las estructuras estatales plurinacionales, el sujeto puede identificarse con una opción u otra. Puede sentirse español, o sentirse vasco, catalán o gallego. Puede, en determinadas situaciones, incluso, sentirse lo sub y lo supra.

Así, la mayoría de los andaluces se sienten andaluces y españoles. Tienen, por tanto, dos grupos de referencia nacional positivos que se superponen y alternan en según qué situaciones. Los leoneses se sienten más españoles que castellanos, y más leoneses que castellanos, porque León (que fue Reino independiente en la Edad Media) y España son sus referencias nacionales positivas. Los vascos se sienten más vascos que españoles, y en muchos casos vascos y no-españoles, porque Euskadi es su nación de referencia positiva y España su nación de referencia negativa, como puede desprenderse de los trabajos citados de Ros y colaboradores. El matiz positivo o negativo de España como referencia nacional para los catalanes, y viceversa, ha cambiado en los últimos años en los que, aun conservando el carácter de Cataluña como grupo de referencia nacional positivo, ha mejorado cualitativamente su consideración de España, y, por ende, sus relaciones. Vascos y catalanes, por otra parte, consideran a Europa una estructura supranacional de referencia positiva. Tanto catalanes como vascos ven al referente supranacional europeo positivamente. Finalmente, para acabar este repaso superficial, podría decirse que existen españoles cuyo grupo de referencia nacional positivo es EE.UU., siendo España su mero grupo de pertenencia.

El juego de las identidades nacionales en un Estado plurinacional por su composición y mononacional por sus leyes, como el español, es complejo y dinámico. Los cambios dependen, en gran medida, del estilo conflictual o cooperante que marque las reglas de ese juego. Y esas reglas vienen dadas, en buena parte, por las interpretaciones de la historia, propia y común, que predominen colectivamente en cada momento. Si la etnicidad es la *lectura* colectiva dada a los elementos objetivos y subjetivos de la nacionalidad, que facilita la comunicación de un grupo especialmente en el interior de otro



mayor (Azcona 1984 y 1989), esta lectura, como tal, es, obviamente, cambiante y relativa. Es, en cada caso, una lectura entre varias posibles. Parafraseando a Wallerstein (1988), si el pasado real está grabado en mármol, el pasado, en tanto que socialmente construido, se graba en arcilla.

Nos hemos referido someramente al cambio de actitudes de los catalanes hacia lo español y de los españoles hacia los catalanes. El nacionalismo catalán ha tenido diversas formulaciones históricas, desde las nacionalistas ortodoxas «irredentistas» (Països Catalans) y «posibilistas» (Principat de Catalunya), hasta las federalistas y, en fin, las actualmente autonomistas, estrechamente relacionadas con la tradición regeneracionista de cierto sector catalán (Prat de la Riba). Cada una de estas formulaciones reposa, obviamente, en determinadas y distintas interpretaciones de qué es Cataluña y qué es España sostenidas por los nacionalistas catalanes, en estrecha relación con las correspondientes interpretaciones sobre Cataluña y España de los nacionalistas españoles en cada coyuntura histórica concreta, si bien, en general, en el nacionalismo catalán ha prevalecido la idea de España como mercado y de Cataluña como cabeza de ese mercado (Elorza 1988, 193-194), y, por tanto, la creencia en una cierta vinculación contractual negociable. Cuando esas expectativas de liderazgo fueron, históricamente, frustradas por el nacionalismo español, la respuesta catalana a la «subordinación a Castilla» fue la derivación hacia posturas «irredentistas». El actual nacionalismo catalán ha retomado la tradición regeneracionista de sus orígenes, y lo ha hecho no gratuitamente. Piénsese, en modo de ejemplo significativo, en la representativa presencia de catalanes en los primeros gabinetes ministeriales de la transición, y en el primer gobierno del P.S.O.E.

Esta vinculación contractual con España no aparece, hasta muy recientemente, en el nacionalismo vasco conservador, con el pacto gubernamental autonómico entre el P.N.V. y el P.S.O.E., por una parte, y con el pacto entre todos los partidos vascos (el autodenominado «bloque democrático») contra H.B., por otra. Este proceso de progresivo regeneracionismo de un sector del nacionalismo vasco lleva «aparejados», sin duda, nuevos discursos sobre lo vasco y lo español y un cambio respectivo de actitudes de ambos nacionalismos. Persiste un modelo «irredentista» en un notable sector de la sociedad vasca, sustentado políticamente por H.B. y violentamente por E.T.A., realimentado por la respuesta contundente (fundamentalmente excluyente) que cierto nacionalismo español da a estas organizaciones y a sus miembros y simpatizantes, sin que parezca que, hasta ahora, haya visos de una solución recíprocamente aceptable como para pensar que el conflicto no va a seguir reproduciéndose.

Si la historia de las naciones y las identidades nacionales, son, per se, dinámicas, la complejidad psicológica, social y política de los estados plurinacionales hace de su historia un turbulento juego de identidades y proyectos nacionales en constante ajuste y litigio (larvado o manifiesto). Como bien señala Connor (1989), la viabilidad de los estados plurinacionales no sólo

debe depender de su capacidad para generar discursos etnicistas —en el sentido de construir una nueva (supra)nacionalidad en términos comunitarios—, sino también del cumplimiento del reto democrático de respetar, hasta sus últimas consecuencias, los deseos societarios de las comunidades nacionales que la componen. Si bien ese respeto no puede dejar de incribirse en una solidaria, e histórica, reciprocidad.

## BIBLIOGRAFIA

- ANES, G. (1975). *El Antiguo Régimen: Los Borbones*. Historia de España Alfaguara. Tomo IV. Madrid: Alianza. 1981. 5.<sup>a</sup>.
- ARTOLA, M. (1988). El Estado. En ARTOLA, M. (Dir.). *Instituciones políticas. Imperio*. Enciclopedia de Historia de España. Tomo II. Madrid: Alianza, pp. 93-163.
- AZCONA, J. (1984). *Etnia y nacionalismo vasco*. Barcelona: Anthropos.
- AZCONA, J. (1989). Definición de etnicidad. En PEREZ-AGOTE, A. (ed.). *Sociología del nacionalismo*. Bilbao: U.P.V.-Gobierno Vasco, pp. 259-261.
- BALMES, J. (1844). La monarquía y la unidad gubernativa en la sociedad española. *Obras Completas*. Madrid: B.A.C. 1948.
- BLAS, A. de (1984). *Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas*. Madrid: Espasa Calpe.
- BLAS, A. de (1989). *Sobre el nacionalismo español*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- CASTRO, A. (1954). *La realidad histórica de España*. México: Porrúa.
- CASTRO, A. (1965). *Los españoles, cómo llegaron a serlo*. Madrid: Taurus. 1982, 8.<sup>a</sup>.
- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS (1976). *Conciencia regional*. Madrid: DATA.
- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS (1979). *Conciencia regional*. Madrid: ALEF.
- CONNOR, W. (1989). Democracia, etnocracia y el estado multinacional moderno: paradojas y tensiones. En Pérez-Agote, A. (Ed.). *Sociología del Nacionalismo*. Bilbao: U.P.V.-Gobierno Vasco, pp. 111-129.
- DOMÍNGUEZ ORTÍZ, A. (1973). *El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*. Historia de España Alfaguara. Tomo III. Madrid: Alianza. 1981, 8.<sup>a</sup>.
- ELORZA, A. (1988). Las ideas políticas. En ARTOLA, M. (Dir.). *Iglesia. Pensamiento. Cultura*. Enciclopedia de Historia de España. Tomo III. Madrid: Alianza, pp. 129-211.
- JIMÉNEZ BLANCO, J. (1979). *La conciencia regional en España*. Madrid: C.I.S.
- JOHNSON, H. (1919). Race, Language and Nationality in Europe. *The Sociological Review*. XI (1), pp. 37-46.
- KELMAN, H. C. (1983). Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial. En TORREGROSA, J.R. y SARABIA, B. (Eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano-Europea, pp. 241-268.
- MARAÑÓN, G. (1936). *El Conde-Duque de Olivares*. Madrid: Espasa Calpe. 1958. 10.<sup>a</sup>.
- MARAVALL, J.A. (1964). *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid: I.E.P.

- McDOUGALL, W. (1920). *The Group Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1947). Los españoles en la historia. Prólogo de *Historia de España*. Vol. I. Madrid: Espasa Calpe.
- MERCADE, Françesc (1985). La question des nationalités et des identités. *Nation et nationalités en Espagne. XIX<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> s.* Actes du Colloque International. Paris: Fondation Singer-Polignac, pp. 35-45.
- ORTEGA y GASSET, J. (1919). *La redención de las provincias*. Madri: Alianza. 1967.
- ORTEGA y GASSET, J. (1922). *España invertebrada*. Madrid: Espasa Calpe. 1982, 7.<sup>a</sup>.
- PÉREZ-AGOTE, A. (1984). *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*. Madrid: Siglo XXI-C.I.S.
- PÉREZ-AGOTE, A. (1987). *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*. Madrid: Siglo XXI-C.I.S.
- PÉREZ-AGOTE, A. (1989). Hacia una concepción sociológica de la nación. En Pérez-Agote, A. (Ed.). *Sociología del nacionalismo*. Bilbao: U.P.V. Gobierno Vasco, pp. 177-191.
- PINILLOS, J. L. (1960a). Preferencias nacionales de varios grupos universitarios españoles. *Revista de Psicología General y Aplicada*. 54, pp. 343-361.
- PINILLOS, J. L. (1960b). Estereotipos raciales de universitarios españoles, ingleses y norteamericanos. *Revista de Psicología General y Aplicada*. 56, pp. 777-797.
- PRATS i CATALA, J. (1985). Nación y nacionalidades en la Constitución española de 1978. *Nation et nationalités en Espagne. XIX<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> s.* Actes du Colloque international. Paris: Fondation Singer-Polignac, pp. 421-430.
- ROS, M., CANO, I. y HUICI, C. (1987). Languages and Intergroup Perception in Spain. *Journal of Language and Social Psychology*. VI (3-4), PP. 243-259.
- ROS, M., CANO, I. y HUICI, C. (1989). Lenguas e identidad social: análisis psicológico de las relaciones intergrupales. *Simposium sobre Psicología Social del Nacionalismo*. Valvanera (La Rioja), 12-13-14 octubre (Publicación en prensa).
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1956). *España, un enigma histórico*. Barcelona: Edhasa.
- SANGRADOR, J. L. (1981). *Estereotipos de las nacionalidades y regiones de España*. Madrid: CIS.
- SILVER, P. W. (1988). *Nacionalismo y transición. Euskadi, Catalunya, España*. San Sebastián: Txertoa.
- SMITH, A.D. (1971). *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Península. 1976.
- TAJFEL, Henri (1981). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. 1984.
- TAYLOR, D. M. y JAGGI, V. (1974). Ethnocentrism and Causal Attribution in a South Indian Context. *Journal of Cross-Cultural Psychology*. 5, p. 162-171.
- TORREGROSA, José Ramón (1983). Identidad personal como identidad social. En TORREGROSA, J. R. y SARABIA, B. (Eds). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea, pp. 217-240.
- TORREGROSA, J. R. y RAMÍREZ, S. (en prensa). Introducción. *Psicología Social del Nacionalismo*. Barcelona: Sendai.
- URKOLA, M. (1984). *Hacia el triunfo de la nación vasca*. San Sebastián: Haranburu.
- WALLERSTEIN, I. (1988). La construction des peuples: racisme, nationalisme, ethnicité. En BALIBAR, E. y WALLERSTEIN, I. (eds). *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Paris: La Découverte, pp. 95-116.